

Marco Negrón

Ciudad Guayana

En estos días se conmemoraron los 50 años de la fundación de Ciudad Guayana, una de las pocas ciudades fundadas en Venezuela y en el continente en los cuatro siglos que siguieron a la epopeya urbanística ibérica de los siglos XVI y XVII. Apenas un año antes, en 1960, se inauguraba Brasilia, que por razones que no es el caso analizar aquí ha adquirido -injustificadamente a juicio de quien escribe- mayor fama. Más allá de sus discutibles cualidades formales y de la épica de su construcción, Brasilia es, en sentido estricto, una ciudad a-histórica, artificial: signada por una única función, la político-administrativa, y con una arquitectura concebida por una mano única para un ciudadano indiferenciado, ha terminado sometida a un virtual proceso de momificación para garantizar su conservación.

Ciudad Guayana en cambio nace de la aspiración a diversificar las fuentes de riqueza de un país dominado por el monocultivo petrolero: del deseo de aprovechar las riquezas de la región para crear un gran polo industrial capaz de apuntalar la definitiva inserción de la sociedad venezolana en la modernidad y contribuir al crecimiento sostenible de la economía nacional. Mientras Brasilia apostaba al prestigio -de la nación y de la ciudad misma, pero también de sus artífices: Kubitschek, Costa, Niemeyer- Ciudad Guayana lo hacía a la transformación socio-económica del país; por eso en ella el protagonismo correspondió a la infraestructura industrial y a la clase obrera más que a la arquitectura y el urbanismo.

Como obra humana que es, en la concepción y desarrollo de Ciudad Guayana se cometieron muchos errores, pero en definitiva, apoyada en una continuidad de gestión más bien rara entre nosotros, terminó consolidándose como uno de los grandes polos industriales latinoamericanos y hoy, con una población similar a la de Brasilia, en la sexta ciudad del país por tamaño. Lamentablemente en la actualidad atraviesa un momento oscuro, consecuencia de aberrantes políticas enmascaradas de socialismo que no sólo han arruinado su base industrial sino que minan su poderoso movimiento sindical. Pero ella, a diferencia de su contemporánea, es una ciudad verdadera y está viva, de modo que no pueden caber dudas acerca de su capacidad para recuperarse. Lo que va a depender no tanto de la opulencia de su geografía como del rico y complejo entramado social que ha sido capaz de desarrollar en este medio siglo.

marco.negron@gmail.com